

Se preguntaba en 1934 John Dewey “¿Por qué la arquitectura de nuestras grandes ciudades es tan indigna de una bella civilización? Y su respuesta, escueta, directa, asumía como causa el que en ésta, en la arquitectura, “su carácter está determinado por un sistema económico en el que la tierra se utiliza o se mantiene inutilizada por amor al lucro, por el beneficio que deriva”; decía Dewey en su libro *Arte como experiencia*, que mientras “la tierra no se libere de esta carga económica (...) hay pocas esperanzas de que surja una actividad arquitectónica general digna de una civilización noble (...)”.

Ante esta inquietud por una arquitectura digna de una bella civilización nos preguntamos nosotros, ¿A dónde está o estaba acaso la “civilización noble” por la que abogaba Dewey? Si en el sistema económico en el que nos movemos como “mundo”, la arquitectura siempre será el reflejo y sobre todo, un producto, uno más entre tantos, de la sociedad y, salvo casos aislados, muy aislados, privilegiados casi, logrará establecer, y es a lo que se busca darle valor al interior de la academia, supuestos de lo que la arquitectura debería ser para el bienestar de los hombres y la convivencia armónica dentro del mismo planeta, más allá de la inmediatez de los problemas de costo beneficio.

Consideramos que así como es la buena arquitectura a la sociedad un tema de excepciones, lo es el patrimonio a la arquitectura: un tema de casos aislados “privilegiados casi”, en los que algunas edificaciones consiguen sobrepasar el rango del valor comercial que recae sobre los lotes en que se encuentran ubicadas y se mantienen en pie más allá incluso de los ciclos propios de sus estructuras físicas y conceptuales. Interesantes ejemplares que, descontextualizados en su entorno inmediato la mayoría de las veces, tienen la capacidad de hablarnos de otras épocas, de otros hombres, de otras maneras de hacer arquitectura.

De eso se trata en esta oportunidad la temática que aborda la Revista M. El patrimonio. Ese raro espécimen por el que abogan escasos arquitectos, urbanistas y uno que otro ciudadano. En dos entregas trataremos el tema del patrimonio arquitectónico: Patrimonio como “material del proyecto” es decir, como fuente de conocimiento, como lo analizan los arquitectos Mario Narváez y Jorge Alberto Villamizar en su artículo “Robledo Drews y Castro Arquitectos 1954-1960”, Patrimonio como caso exitoso de recuperación de inmuebles para una cooperativa de artistas en el centro histórico de Québec, en Canadá, artículo de la arquitecta Ruth Marcela Díaz, Patrimonio que permanece en pie restaurado y rehabilitado en Cartagena de Indias, en el antiguo convento dominicano de San José, reconocido como convento de Santo Domingo, que hoy ocupa la Agencia Española de Cooperación Internacional AECL, intervenido en el año 2000 por el arquitecto Alberto Samudio Trallero y cuyo proceso constructivo, ires y devenires nos narra la historiadora María Fernanda Reyes; interpretación hipotética del proceso constructivo y de la estructura física espacial general que tuvo el antiguo convento de Nuestra Señora del Rosario en la ciudad de Santafé de Bogotá, donde permaneció en pie por más de trescientos años antes de su demolición en 1939, la búsqueda de nuevos instrumentos para la defensa y conservación del patrimonio del arquitecto Ángel González y el análisis de la construcción de puentes colgantes en Colombia durante el siglo XIX del arquitecto Jorge Galindo Díaz, son algunos de los temas abordados en esta primera entrega que cuenta, como valor agregado, con un ensayo fotográfico del diseñador Pablo Andrés Jaramillo, docente de la Universidad del Valle y una traducción del arquitecto Diego González Rico. Especímenes raros, que esperamos, contribuyan a que finalmente y siempre, mantengamos un espacio de reflexión, sobre lo que es la arquitectura, la ciudad, y...¿Por qué no? Si se trata de nosotros mismos: reflexión respecto de qué clase de civilización queremos realmente ser.

Liliana Rueda Cáceres
arquitecta
Bucaramanga, 2010